

decir, ¡oh teutlis! al extranjero que os envía. ¡Guerra sin tregua hasta el total exterminio de los dos ejércitos!

Llevad esta contestacion que da el imperio á sus odiosos perseguidores, y quedaos entre ellos.

México rechaza á los indignos hijos de su suelo que han osado pisarlo siendo portadores de tan infame mensaje.

Los emisarios se volvieron avergonzados y confusos al campamento español.

Era tan dolorosa la impresion de su vergüenza, tan terrible para sus corazones aquel testimonio de la ira general que les acusaba, tan profunda su pena al verse despreciados por su príncipe, que al atravesar el puente para ir á reunirse con los españoles, deteniéndose de pronto uno de ellos y dirigiéndose á sus compañeros:

—No voy más adelante, dijo; no quiero vivir siervo y deshonrado. Mi patria y mi rey me desprecian: tienen razon, porque he manchado mis lábios pronunciando proposiciones indignas. ¡A lavarlas voy de su baldon!

Y así diciendo, se arrojó al lago, yendo á sepultarse en sus aguas.

Los otros dos infelices imitaron su conducta, obedeciendo á un impulso simultáneo.

Sus cadáveres, recogidos algunas horas despues por los soldados españoles, fueron la única contestacion que recibió el caudillo.

Comprendió que era ya preciso renunciar á todo propósito de conciliacion.

La muerte de sus emisarios, ya fuese un acto de rigor del monarca mexicano, ya desesperacion por parte de las mismas víctimas, era indicio vehemente de que no era posible sujetar á aquel pueblo sin aniquilarlo.

—¡Compañeros, dijo entónces á sus capitanes, á los primeros rayos del sol de mañana daremos el último ataque á la capital de México!

## CAPITULO CXV.

**Donde se ven los últimos esfuerzos que hicieron los mexicanos para defender su independencia, y los desastres que sufrieron.**



ESDE aquel momento se consagró Cortés por completo á activar los preparativos necesarios.

Mandó venir de todas las tribus amigas gran número de indios, con sus instrumentos de madera, que llamaban *huictles*, y que servian de pala y azada, para que le auxilién en el derribo de las casas y otras operaciones que se proponia emprender.

A los cuatro dias ya habian llegado estos refuerzos, y dispuso su gente para atacar en seguida á la imperial ciudad.

Resuelto á penetrar en ella á todo trance, ordenó bajo severas penas que á proporcion que se fuesen posesionando de las calles, se derrocasen sus casas, dirigiendo todos los esfuerzos á cegar con escombros los canales, hasta convertir en tierra firme lo que era entónces agua.

Corrian los últimos dias del mes de Julio cuando publicó Cortés esta orden terrible, que condenaba á la destruccion más completa á la hermosísima y suntuosa ciudad de los emperadores aztecas, célebre monumento de su civilizacion y grandeza, próxima á desaparecer sin dejar á la posteridad ni un vestigio que las acreditasen.

Dióse, en efecto, el ataque segun el nuevo plan de ir ganando palmo á palmo el terreno y asolando la ciudad al paso, para



no dejar á su espalda màs que ruinas que sirven á la retaguardia para cegar los canales.

De este modo se ganaron aquel dia algunas calles, no bastando á impedirlo la desesperada resistencia que opusieron los mexicanos.

Cortés, para hacer mayor destrozo, les formó una emboscada.

Mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos à reunirse con los veinticinco que él tenia.

Envió los bergantines delante y toda la gente, y él se metió con treinta caballos en una de las casas.

Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y se retiraron.

Los enemigos, sin sospechar que era premeditada aquella retirada, corrieron á perseguirlos, y cuando estuvieron próximos á la emboscada, mandó Cortés disparar un arcabuz, que era la señal convenida, y saliendo todos precipitadamente, causaron tal estrago en los enemigos, que perecieron más de quinientos y quedaron prisioneros muchos.

Los españoles penetraron en los templos, y en uno de ellos, al abrir una sepultura, hallaron varios objetos de oro, cuyo valor ascendia á mil quinientos castellanos.

No se intimidaban, sin embargo, los mexicanos por la mortandad que sufrían.

La lucha continuaba; la canicería crecía.

Arroyos de sangre inundaban las calles.

De pronto oyeron los españoles un ruido extraño, cuyo eco repetían las montañas.

Los mexicanos, poseidos de frenético furor, se lanzaron á ellos con embriaguez de sangre, y como si en cada uno de aquellos lúgubres y misteriosos sonidos entendiesen la voz del Omnipotente ordenando el desprecio de la vida y dictando por soberano decreto la satisfaccion de la venganza.

Aquellos graves y solemnes sonidos eran los ecos poderosos

del caracol sagrado, custodiado en el gran templo de Huitzilopochtli por más de trescientos sacerdotes, destinados exclusivamente á la guarda y al cuidado de tan venerado objeto.

Sólo el hueiteopixque, ó sumo sacerdote, gozaba el privilegio de hacer resonar aquel instrumento santo, y solo se verificaba aquello en las ocasiones de inminente peligro para la patria.

Pero el valor que infundió en todos el sonido del caracol sagrado, sólo sirvió para que perecieran en mayor número.

Cebábanse en el pillaje y en la destruccion las huestes tlaxcaltecas, y al verlas correr furiosas con el hacha en la mano, arrasando los más hermosos edificios con alaridos de feroz complacencia, decíanles con amarga sonrisa los infelices mexicanos:

—Mal haceis en echar por tierra nuestras casas. Si salimos vencedores, vosotros habeis de edificarlas: si triunfais, tambien sereis vosotros los que las levanteis para los españoles.

Los tlaxcaltecas hacian burla de aquel exacto raciocinio, y continuaban con ahinco su obra destructora.

Doloroso es imaginar aquella régia capital condenada á ser arrasada por un puñado de invasores, que tenían por auxiliares á pueblos americanos.

En el dia que siguió á aquel en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, observaron algunos oficiales que de las torres del teocali salian espesas columnas de humo, que no podian ser vapores del incienso que los sacerdotes quemaban ordinariamente.

Llamada la atencion del caudillo hácia esta novedad, hizo que subiesen á una pequeña altura varios de sus soldados, procurando descubrir el origen de ella, y tan grande fué su sorpresa como su júbilo al saber que en medio de las llamas del incendio que consumia ya una parte de aquel notable edificio, ondeaba con majestad, iluminada por rojizos reflejos, la bandera española.

En efecto; Alvarado, jugando el todo por el todo, acababa



de penetrar en México y de posesionarse del teocali. El momento no podía ser más favorable.

Cortés se aprovechó de él, y ordenó al punto la entrada de sus fuerzas en la ciudad.

A pesar de la consternacion que infundió á los mexicanos la vista del incendiado templo, resistieron como siempre con heroica decision.

Pero nada era bastante á contener el ímpetu de los ejércitos invasores.

Algunas horas despues la caballería española ocupaba la gran plaza de Tlatelulco.

Las tropas auxiliares recorrian las calles, y con infatigable diligencia continuaban destruyendo los edificios.

¡Jamás se ha verificado tan completo saqueo!

¡Jamás se escribirá en la historia de las conquistas victoria tan sangrienta!

No contentas aún las feroces hordas, despues de asolar gran parte de la ciudad, corrieron al palacio, disputándose el honor de descargar el primer golpe de hacha en aquella mansion régia.

Guatimotzin, despues de defender á palmos con inútil constancia el suelo de su capital, se habia retirado por último completamente derrotado, y teniendo por único refugio uno de los grandes arrabales, que rodeado por todas partes de agua, prestaba recursos á la resistencia.

Allí se retiraron la mayor parte de los que habian escapado de la matanza.

Cortés, no obstante la alegría natural de su triunfo, se sintió dolorosamente afectado por el espectáculo de tan inaudita carnicería, y ordenó suspenderla.

En una de las cartas que dirigió al emperador Carlos V, le decia:

«Acordé dejar de combatir algunos dias, porque me ponía en mucha lástima y dolor que pereciese aquella multitud, y quise otra vez ofrecerles la paz.»

Hízolo así efectivamente, y debia esperar ver aceptada la capitulacion que proponia, por duras que fuesen sus condiciones, pues era en sumo grado deplorable la situacion de los vencidos.

Encerrados en el recinto de aquel barrio situado en la laguna, escasísimos de víveres, reducidos á beber agua salobre, y sin tener ya ni aun las armas necesarias, ninguna esperanza lisonjera podian alimentar.

Su único medio de salvacion era un convenio con el enemigo, y el emperador debia aceptarle, por más que pudieran resistirse á ello sus fanáticos sacerdotes.

Aun no habia comprendido el caudillo el fuerte temple de aquella alma verdaderamente excepcional.

Aun no habia adivinado que el destino le concedia por víctima á uno de aquellos seres magnánimos, que eclipsados por el resplandor de una gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitables desastres.

El emperador Guatimotzin, desechando con indignacion las reiteradas proposiciones de capitulacion que por entónces le dirigió el vencedor, tornó á organizar sus huestes y á provocar el combate.

En tanto que aquel infeliz príncipe hacia, con asombro del enemigo, aquellos últimos esfuerzos de resistencia, que bien pudieran compararse á las convulsiones de un moribundo, el hambre reinaba con todos sus horrores en el arrabal adonde se habian retirado los vencidos.

Veíanse de continuo vagar por las calles famélicas turbas de mujeres y niños, cuyos llantos y gemidos desgarraban el corazón.

Sus ayes lastimeros se confundian con los que exhalaban algunos heridos, que acercándose al ilustre conquistador, le decian en medio de la mayor desesperacion:



—¡Ah, capitán Cortés! Puesto que eres hijo del sol, y esta astro da vuelta al mundo con tanta brevedad, sé diligente como él y acábanos de matar. De este modo iremos á descansar y á reunirnos con el gran Quetzalcoal, que nos está esperando.

En presencia de tantas desventuras, se sentían conmovidos los españoles, y ni la auréola del triunfo bastaba á amortiguar la pena que pesaba sobre su alma.

## CAPITULO CXVI.

### Una mirada retrospectiva.



UESTROS lectores, que conocen ya el carácter y el empuje de los mexicanos; que han tenido ocasion de apreciar la energía, el valor, la decision que en tan alto grado poseia Guatimotzin; que saben los grandes elementos con que contaba para oponerse á una invasion, porque gracias á sus correos y á otros recursos que le proporcionaba el estado de civilizacion en que se hallaba la ciudad imperial, tenia exactas noticias respecto á la situacion en que se hallaban los extranjeros, habrán extrañado, primero, que desease la paz; segundo, que habiendo triunfado entre sus consejeros el partido de los que á toda costa querian declarar la guerra, y estando todos resueltos á defender á México, se hubieran dejado dominar por los españoles, á pesar de las numerosas tribus que podian auxiliarles.

Esto merece explicaciones, y vamos á darlas.

Dios libre á nuestros lectores de que una mujer quiera vengarse de ellos.

Guatimotzin queria la paz, porque gracias á sus emisarios, supo que Inhijambia trabajaba activamente para allegar alianza á los españoles.

Poderoso enemigo es una mujer de bella tez, pálida, de ojos negros y lánguidos, de talle flexible, de cuello delgado, de diminuto pié y afligranada mano, de mórbidas formas, de abultado seno, que emplea todos estos encantos y su talento en vengar